

SIMON SINGH

*El último teorema  
de Fermat*

A la memoria de Pakhar Singh Birring

## PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Quiero empezar el prólogo así: el libro que usted está a punto de leer es “el mejor libro que leí en mi vida”.

Qué bárbaro, ¿no? Es difícil que una persona se exprese en forma tan *contundente* frente a algo que es tan *opinable*. No importa. Ni siquiera sé si estoy de acuerdo con afirmar algo en forma tan taxativa, pero es irrelevante porque si me siento capaz de decir que es “el mejor”, es porque al menos este libro *califica* para estar entre los mejores que leí en mi vida, y eso es más que suficiente. En todo caso, es ciertamente el mejor libro de divulgación científica que leí.

Lo leí varias veces. La primera, hace muchísimos años, cuando apareció la versión original. La última fue hace poco, en septiembre de 2014. Fue la más intensa y exhaustiva. Ahora me gustaría encontrar al sucesor, algún libro que sea capaz de sorprenderme y entusiasmarme como este.

Para no caer en la tentación de opinar sin fundamento, quiero ofrecer algunos argumentos para sostener lo que escribí más arriba.

Si usted (o yo) hiciéramos una compulsa popular y paráramos personas por la calle y les preguntáramos:

“¿Sabe usted lo que hace un matemático? ¿A qué se dedica una vez que se gradúa? ¿Investiga? Si así fuere, ¿qué es lo que hay para investigar? ¿No está todo inventado en matemática? ¿En qué trabajan los matemáticos todo el día? ¿En qué piensan? ¿Hacen ‘cuentas difíciles’? ¿Hacen cálculos? En todo caso, ¿no pueden usar computadoras?”

En general, la percepción de la mayoría de la gente es que la matemática ya está toda *inventada*, que *todas* las respuestas posibles o necesarias están en algún grupo de libros de manera tal que tanto los docentes como los que necesitan

“usar” algo de ella, van, leen lo que les hace falta para cada día, y listo...

Sin embargo, la historia es tan diferente que lamento que esa sea la percepción dominante, casi un insulto a la inteligencia tener que aclarar que eso no es cierto. Este libro es un ejemplo extraordinario. La historia que cuenta Simon Singh y que tiene al británico Andrew Wiles como protagonista es maravillosa. Es una historia que contiene *todos* los condimentos a los que puede aspirar un libro para tomar al lector como rehén y no soltarlo hasta que lo termine.

En principio, se trata de una historia *real*, que es un dato no menor.

Es una historia *actual*, que se originó hace casi cuatro siglos y recién se resolvió hace menos de veinte años.

El héroe de la historia, el que hace de *muchachito*, no solo vive, sino que además todavía es muy joven. Está casado, tiene un hijo y aún hoy sigue trabajando como matemático. En el camino, no solo consiguió una fama muy singular para un científico, sino que tiene un prestigio que le garantiza un lugar en la historia de los más grandes matemáticos que produjo la humanidad.

Es una historia que tiene *intriga*, por la cantidad de errores y obstáculos que tuvo que superar y la incertidumbre que lo acompañó.

Wiles logró exhibir lo que la mente humana es capaz de hacer cuando tiene un *disparador* que gatilla su curiosidad.

Es una historia llena de *ternura* porque quien le dedicó la vida a resolver *un solo problema* lo decidió cuando tenía nada más que ¡diez años!

Es una historia que tiene *pasión*, porque es el único motor que conozco para emprender una tarea cicolópea y no abandonar en el camino. Sin ella, es imposible haber avanzado como hizo Wiles.

Es una historia de *compromiso*, porque Wiles, su esposa y su hijo tuvieron que llevar durante muchísimos años una vida muy peculiar: Andrew trabajaba durante el día de matemático profesional en la Universidad de Oxford. Daba clases, atendía a sus alumnos y trataba de resolver problemas de su especialidad. Tenía una relación intensa con su familia (mujer e hijo), a quienes veía todos los días cuando llegaba de la universidad. Después, empezaba una suerte de “segunda vida”: se encerraba en un altillo durante buena parte de las noches para poder pensar con tranquilidad y sin comentar con el mundo externo (salvo su mujer) qué es lo que estaba haciendo.

Es una historia *única*. No existe ningún otro ejemplo que se le parezca, no solo dentro de la matemática sino de ninguna otra ciencia. Un problema que estuvo “abierto” (sin solución) durante *tanto tiempo* (casi cuatro siglos), con un enunciado tan *sencillo* que terminaba *tentando* aun a los menos experimentados. Justamente, se transformó en un problema tan *popular* por lo accesible que resulta entender lo que hay que demostrar.

Con todos estos condimentos y después de que múltiples generaciones de matemáticos lo abordaran sin éxito, parecía que habría de extinguirse sin solución. Allí, inesperadamente, apareció una persona, un matemático inglés que se negó a darse por vencido y le dedicó literalmente toda su vida a resolverlo y nunca aceptó un “no vas a poder” como respuesta.

Los colegas de Wiles no entendían lo que estaba haciendo. Llegaron a sospecharlo, sí, pero nunca supieron exactamente en qué invertía buena parte de su tiempo y Wiles nunca quiso ser explícito en sus respuestas. ¿A qué dedicaba horas y horas de su día esta persona tan singular, tan humilde, tan callado pero a su vez tan capaz? ¿Cómo pudo esconder lo que estaba haciendo durante tanto tiempo?

Es inevitable cuestionarse en el trayecto qué hubiera hecho usted si se veía enfrentado a una situación de ese tipo. ¿Hubiera abandonado? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Hubría seguido?

El texto de Simon Singh es espectacular, porque va dando respuestas a preguntas que uno ni siquiera sabía que tenía antes de leer el libro. Lo maravilloso de este libro es que Singh logró tomar esta historia como eje, la rodeó del contexto imprescindible para entenderla y la ubicó en el centro de la escena. Al llegar a ese punto, los capítulos finales son sencillamente espectaculares y usted saldrá del libro con un capital que no tenía antes de empezar: habrá entendido qué quiere decir “investigar” en matemática y, más aún, comprenderá cuán injusta es la percepción sobre la matemática que la mayoría de la gente tiene.

Una advertencia: hay momentos en los que aparecen algunos términos técnicos, algunas ecuaciones y temas de matemática específica. Permítame hacerle una sugerencia: ¡no abandone! Si hay algo que no entiende, saltee el párrafo que le trae dificultades y reanude un poco más adelante. No se prive de avanzar porque le parece que está atascado y que nunca entenderá lo que evita. No se preocupe, no se pierde nada esencial. No se arrepentirá de haberlo hecho. Es muy posible que cuando termine de leer el libro, vuelva hacia atrás hasta encontrar esas zonas que le quedaron difusas y se pregunte si no habrá algo más que pueda hacer para entenderlas.

Por último, en la vida, uno está acostumbrado a que las pasiones involucran a dos o más personas. Hombres y mujeres jurándose amor eterno en cualquier variante que las o los relacione. Sin embargo, las pasiones también involucran al arte y a la ciencia, aunque no siempre lo parezca. En todo caso, este libro es una obra maestra.

Como nunca antes había leído en mi vida, un hombre callado y tranquilo, al menos en apariencia, enamorado de su mujer y su hijo, estuvo también enamorado de un problema. No lo quiso soltar hasta que lo resolviera. Y la idea central es esa: o él terminaba con el problema o el problema terminaría con él.

El camino fue sinuoso, difícil, con mucha bruma y escollos que parecían insuperables. Pero justamente por eso es que vale la pena leerlo y permitirse imaginar que uno es él, y cuestionarse personalmente qué hubiera hecho si hubiera estado en una situación similar.

¿El mejor libro que leí en mi vida? Puede que no, pero a esta altura es irrelevante. Sin ninguna duda, está en el podio. No es poco, ¿no?

Que lo disfrute.

ADRIÁN PAENZA,  
octubre de 2014